

Carta de Aprendizajes: Ejercicio tomado del libro “*Lo mejor esta en tí*” de Cristina Perrucci

Aprende y Des-Aprende

Antes de comenzar a escribir sobre esto, quiero que leas atentamente este fragmento del libro "Mi teta izquierda" de Ana Blesa (www.anablesa.com).

(2) *LOS HOMBRES Y YO*

Cuando yo nací, el día en que acabó la guerra española, había en mi casa, tanto como en la calle, muchos hombres. Mi padre, llamado Pepe, mi tío paterno, llamado Ernesto, mi tío Vicente (en realidad el amante de mi abuela paterna), mi primo Ernestín y mi abuelo materno llamado José. Creo que estos hombres han dejado una huella profunda en mi historia, tanto física, como emocional.

Papa: contigo aprendí, que tenía que llorar mucho, para que tú me tuvieras en tus Brazos toda la noche durante el primer año de mi vida. Que era placentero meterme en la cama con un hombre. A los cuatro años, mientras nos bañábamos en el río Ebro, tú me quisiste enseñar a flotar y me dijiste:

- Tírate Anamari, que papa te sostiene.

- Tengo miedo.

- No temas hija, que yo te voy a sostener.

A pesar del susto, me tire y vi aterrada que tú no cumplías con tu promesa, retirabas tus manos sonriendo y confiando mucho en mi gran capacidad de salir a flote a cualquier costo. Recuerdo el agua que trague y como tú confiabas en mi, a pesar de ser nena...

A los cinco años, mi tía Filo, me llevó a las fiestas de un pueblo cercano. Al terminar la fiesta, fuimos a la carretera a esperar el ómnibus que me devolvería a mi hogar. Vimos todos un punto que avanzaba por la carretera desierta, con un sol de verano aragonés, o sea, rajante. A medida que el punto se fue agrandando, se distinguió la figura de un hombre. Mi tía gritó:

- Es Pepe, Anamari, es tu padre; Dios mío, ¡¡¡Qué desgracia habrá pasado en casa, para que tu padre venga hasta acá!!!

Yo, que estaba muy acostumbrada a los dramas familiares, empecé a temblar. ¿Qué noticia terrible traería mi padre sobre su espalda? Lo vi llegar, sudando, agotado, venía caminando

muchos kilómetros. Mi papá estiro sus brazos y me levanto, abrazándome contra su pecho.

Mi tía, sollozando le dijo:

- Pepe, dime la verdad, ¿Qué ha pasado?
- Que va a pasar, no pude aguantar estar sin Anamari, tenía miedo que le pasara algo, que no la supieras cuidar y como no había ómnibus me vine caminando.

Varias mujeres que estaban allí, se quedaron deslumbradas ante esta prueba de amor, de un padre a su querida hija.

Este asunto fue tema de varios días en mi casa. Todos hablaban del caso. Como en esa época no había televisión...

Contigo aprendí, que para que yo me sienta amada, un hombre tiene que producir hechos que no hace cualquiera (milagros).

Mi primo Ernestín, contigo aprendí a dirigir juegos teatrales, a jugar al fútbol, a las bolitas, a pelear cuerpo a cuerpo y a ganarte clavándote mi colmillo en tu espalda, a defenderte del jefe de la barra brava del barrio y a jugar al doctor.

Tío Ernesto, contigo aprendí que había que callarse cuando tú llegabas a casa, a temer a los hombres, a que no puedo seducir a todos, a ver como tú lustrabas los zapatos (nunca vi a mi padre hacerlo) mientras escuchabas y cantabas un horrible tango llamado "Eran Cinco Hermanos". Aprendí a ser rechazada y, a pesar de ser tan amargo, eras el que se encargaba de comprar todos los mas exquisitos turrones para Navidad.

"Tío" Vicente, contigo aprendí que hay hombres muy avaros, que engañan a sus parejas, que se dejan insultar después por ellas, que son también, aunque les duela, proveedores, que son capaces de no comer un huevo por no tirar la cáscara...que hay que comer de todo, sin dejar nada en el plato, (ay de mi), que no se debe hablar ni reír en la mesa, si eres chico.

Papa: contigo aprendí a actuar, a verte recitar las poesías de Rafael de León y García Lorca, a verte aprovechar tu tiempo leyendo sentado en el inodoro, a bailar "La cumparsita", a comer almejas crudas, caracoles, percebes y cabezas de cordero asadas. Todo lo que tú me dabas comía yo. A verte imitar a Chaplin y ver como todos se morían de risa, incluido mi tío Ernesto. Aprendí el poder que tiene una pelota para un hombre, cuando me llevabas al fútbol los domingos a ver al Zaragoza, verte gritar, vitorear, putear, llorar, todo en un rato, según hiciera un señor que estaba delante de una red. Aprendí a leer, (mi madre no sabia), a sumar, restar y la tabla del dos. También aprendí a sentirme más confiada entre los hombres que entre las mujeres.

"Yayo" José: contigo aprendí a ser cuidada, atendida, admirada, respetada, adorada como una princesa, por lo que yo era realmente, a preparar tostadas frotadas con ajo y anchoas por arriba y a comerlas con el café con leche; de tu mano entre en el primer café concert de cuarta a los cinco años, y al escuchar la música y ver bailar en el escenario, me puse a hacerlo yo en el pasillo y a sacarle el foco a la bailarina. Ahí subí a un escenario por primera vez y nunca olvidé esa indescriptible sensación de la mezcla de las luces, aplausos y olor de

la madera. A los dos años, me ponías tu gorra de visera, me subías a la mesa y me decías:

- Fillete (hija, en Catalán) báilame el garrotín.
- TG me mirabas embelesado y yo me sentía La Faraona.

En la calle donde yo nací y viví hasta los nueve años, había muchos hombres, muchos, incluso había colas de hombres, la mayoría de uniforme verde, gorra, botas negras y guantes blancos. Unos pocos iban de traje negro. Había varias casas de dos y tres pisos, y es ahí donde se formaban las colas.

A medida que salían unos, entraban otros, al subir por las escaleras se desabrochaban las braguetas y, al bajar, se las cerraban, siempre con los guantes blancos puestos.

También había varios cabarets y ahí también entraban y salían hombres de traje. En el club donde yo iba a practicar natación a los diez años, también había mayoría de masculina, era un club de fútbol y pude aprender que hay hombres con unas piernas espectaculares. A los doce años recibí mi primer beso en la boca y el era futbolista.

Cuando a los trece años me embarqué para venir a América como un inmigrante, caí enferma con congestión pulmonar y cuarenta y dos grados de fiebre. Me internaron en el hospital del barco. El médico era español, igualito que Tyrone Power y me cuidó muy bien. También había un enfermero italiano de treinta y tres años que cuando ya había salido del hospital, me pidió ir a su camarote y me encajó el primer beso de lengua de mi vida y aprendí que había hombres que me pueden provocar mucho asco y que me tengo que cuidar de algunos.

A los catorce, iba al Centro Aragonés a bailar, con mis amigas españolas, que eran cinco años mayores que yo. Para mi sorpresa los hombres, me sacaban a bailar, yo lo hacía muy bien porque practicaba en mi casa con la escoba, pero en cuanto me preguntaban algo, perdía el paso y cuando cándidamente les decía mi edad, me soltaban como si estuviera enferma. Mis amigas me aconsejaron que me agregara años. Aprendí que hay hombres que prefieren que les mienta, a pesar de mí.

A esta edad tuve mi primer novio, el tenía veintiuno y se llamaba José Luís, era madrileño. Aprendí que me gustaban los hombres más grandes que yo y que puedo ser muy cruel. Lo dejé y aprendí que los hombres también sufren.

A los dieciocho, conquisté al más difícil, se llamaba Vicente y era alicantino, todas morían porque las sacara a bailar, pero me sacó a mí. Tenía veintiocho años. A pesar de que lo amaba locamente, aprendí (como decía mi mamá) que los hombres respetan cuando se les pone límites. Después de una tormentosa relación, se fue a Brasil a conseguir futuro para llevarme con él. Recibí una carta donde me decía todo lo que me amaba y nunca más me mandó noticias.

Aprendí que me podían abandonar cobardemente, hacerme sufrir hasta enfermarme y, con el tiempo saber que fue una suerte.

A los veintiuno, un médico me manoseó, mientras me hacía un electroencefalograma. Aprendí también que hay cosas que tengo que callar, si no quiero pasar por loca.

A los veintiséis me casé con un arquitecto, de cuarenta y dos años, maravilloso que me construyó una vida de respeto, amor, protección y supe que los hombres cumplen su palabra.

A los treinta y dos aprendí que se puede destruir lo construido y que los hombres se pueden morir mientras yo sigo viva.

A los treinta y cuatro aprendí que un gay puede hacer el amor a una mujer también.

A los veintiocho, a los treinta y a los treinta y cinco, aprendí que se les puede parir, amar y disfrutar, como nunca antes lo había hecho.

La consigna del ejercicio es que -antes de continuar leyendo- realices una carta de aprendizajes como ha hecho la autora. Es importante que puedas hacerla antes de seguir leyendo para que puedas hacerla sin condicionamientos y a partir de ello trabajemos en descubrir espacios de transformación.

diferenciación en lo que a aprendizajes se refiere. En aras de hacer el ejercicio, haré esta diferenciación tomando los buenos aprendizajes como aquellos que han abierto y abren posibilidades en nuestras vidas, y tomaré como malos aprendizajes a aquellos que nos cierran posibilidades, y en lugar de ayudarnos a crecer, nos mantienen prisioneros en los sitios de siempre.

Una vez que has hecho tu carta, te pido que la leas y revises:

Los buenos aprendizajes

Fíjate los buenos aprendizajes que has tenido y selecciona por lo menos tres personas de las que has podido legar eso bueno.

Copia aquí, por lo menos, los tres aprendizajes que has elegido:

1. -
2. -
3. -
4. -
5. -
6. -

Transforma tus pensamientos en reconocimientos si es que aún no lo has hecho. Hazles saber tu gratitud y reconocimiento para con ellos, a cada una de esas personas



Ahora que has hecho saber a esas personas lo importante que fue para ti el legado que te han dejado, escribe tus reflexiones y sentimientos. (Esto te ayudará en otro momento a recordar lo bueno de reconocer a las personas)

Por ejemplo: A Lucas alguien lo estafó, entonces Lucas escribe “De Luis, aprendí a no confiar en las personas”.

Leyendo ese aprendizaje, piensa

¿A algunos aprendizajes particulares será Mejor revisarlos?

Hay algunos aprendizajes que aparecen en las cartas y que sus autores los consideran “buenos” aprendizajes pero que -cuando los miras detenidamente- descubres que en realidad traen consecuencias limitantes consigo.

Por ejemplo, Marta escribe en su carta “Querida Madre, contigo afortunadamente aprendí el valor del esfuerzo y el trabajo tenaz”.

Este aprendizaje que Marta sostiene como un aprendizaje “bueno” podría ser visto como limitante en algún sentido. Podría serlo si Marta a raíz de este aprendizaje conserva la creencia de que todo en la vida tiene que conseguirse esforzándose y trabajando tenazmente. Es poco probable que Marta logre atraer en su vida situaciones y posibilidades de fluidez y donde la vida la provea y le regale cosas. Y que en tal caso, -aunque le permita crear prosperidad, muy probablemente los costos sean muy altos, y no estén acompañados de las mejores condiciones en lo que a calidad de vida se refiere. Más fácil resulta creer que la mayor parte de las cosas logradas en la vida de Marta, serán el producto de su esfuerzo y su arduo trabajo.

Lucio escribe “Padre, gracias!! Gracias a ti aprendí que la honradez no es amiga del dinero”

Esta creencia que para Lucio aparece como un buen aprendizaje, trae en su vida, problemas sostenidos y recurrentes para crecer económicamente. Mientras Lucio no pueda des-aprender esto, hay un futuro de prosperidad que le será ajeno y esquivo.

Es importante que Lucio rescate, agradezca y valore el aprendizaje que su padre le ha brindado. Pero luego es necesario que lo suelte, o que lo transforme.

¿Cómo podría soltarlo? Repensando que fue un buen aprendizaje pero que hoy no le está sirviendo para crear la vida próspera que quiere.

¿Cómo podría transformarlo? Abriendo nuevos aprendizajes a partir de él. Por ejemplo: Padre, de ti aprendí el valor de la honradez”

Mientras Lucio no trabaje con este aprendizaje que sostiene de su padre, no podrá atraer prosperidad en su vida. Si él cree que para tener dinero hay que ser deshonorado ¿cree que tendrá dinero? ¿Cuál sería el costo interior de Lucio si lo tuviese? ¿Qué pasaría con la culpa?

Es por esto que te insto a que revises si entre las “buenas creencias” hay alguna de estas creencias obstaculizadoras escondidas.

En ese caso, revisa qué consecuencia está trayendo en tu vida que las sostengas. Qué diferencias podrías tener de des-aprender lo aprendido.

Ahora vuelve a escribir tus “malos aprendizajes”, desde la nueva mirada que has logrado y desde estos nuevos aprendizajes que desde hoy quieres que sean parte de tu vida.

Tomaré el ejemplo de Marta para que puedas ver cómo es esta parte del ejercicio propuesto.

“Querida Madre, contigo afortunadamente aprendí el valor del esfuerzo y el trabajo tenaz”.

“Querida Madre, hoy guardo ese aprendizaje que tan amorosamente me ha acompañado hasta aquí. Sigo valorando el esfuerzo y el trabajo tenaz pero elijo para mi vida, algo diferente. Elijo valorar el poder acceder a las cosas que quiero alcanzar y que ellas puedan venir a mi vida con facilidad para que en mi vida el disfrute tenga cada vez más espacio.”

Reflexiona sobre qué diferencia hace esta transformación en tu vida

Hay algo que necesites hacer o aprender para sostener esas transformaciones
